

Redactores
MÁXIMO SOTO HALL
RAFAEL ANGEL TROYO

PINGELADAS

1898
SAN JOSÉ, COSTA RICA, A. C.
A. Greñas, editor.



Redactores

MAXIMO SOTO HALL
RAFAEL ANGEL TROYO

Año 1º } San José, 8 de Septiembre de 1898 { N° 1-2

A NUESTROS LECTORES

Al fundar la revista literaria PINCELADAS, hemos obedecido al deseo de contar con una publicación que fuese á un tiempo factor demostrativo de nuestra vitalidad intelectual, y eco del movimiento general de las letras en esta culta región centro-americana, donde han florecido tan privilegiados talentos, prez y orgullo del suelo que les vió nacer.

Satisfacer el gusto depurado de nuestro público; propagar los méritos de las energías nacionales en orden al progreso de la literatura, es la no bilísima tarea que nos hemos impuesto. Si el éxito estimula nuestros afanes, habremos llegado más allá de nuestras esperanzas; si la decepción pone desencanto en nuestro ánimo, lamentaremos no haber atinado en la empresa. En todo caso, no tendremos motivo de arrepentimiento, porque la sinceridad y el esfuerzo son los únicos móviles de nuestras tareas.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

I

Era una de esas mañanas frías y nebulosas de los inviernos en Madrid. Había nevado toda la noche, comenzaba el deshielo, y en las barrialosas calles, crecía, por momento, el hormigüear de la gente trabajadora. Salí de mi casa saboreando el placer de un buen abrigo y me dirigí al ministerio de Ultramar en busca de Salvador Rueda. Descendí al sótano que ocupaba la oficina del poeta y donde, como los gnomos en las entrañas de la tierra, se ocupaba de tallar, en sus horas de ocio, la radiante pedrería de sus triunfales rimas y de sus inimitables prosas. Nos habíamos dado cita aquella mañana para ir á almorzar en casa de Zorrilla de San Martín, que hacía tiempo nos tenía invitados, sin que nuestra activa holganza de poetas, nos hubiera permitido, hasta en aquel entonces, gozar de tan selecto placer.

Hablando de las últimas obras que había recibido Rueda, y de los últimos versos que había escrito, esperamos que fuera hora de emprender el viaje. Al fin nos pusimos en marcha. Atravesamos el Prado, donde la nieve acumulada en las ramas escuetas de los árboles, se desprendía en gruesas gotas que rodaban con monótono y melancólico ritmo, mientras unos cuantos paseantes envueltos hasta la nariz en sus anchas capas, pretendían tomar el sol, que apenas coloreaba de oro pálido las compactas nieblas invernales, y, después de caminar, poco más, llegamos al deseado término de nuestro destino, en la calle de Felipe IV.

Zorrilla nos recibió en su despacho, con esa grave amabilidad que le hace tan atrayente. Pronto empezamos á hablar de literatura, y cediendo á nuestras instancias nos leyó algunos de sus primeros versos, publicados ó inéditos, y en los cuales se advierte la gran influencia que ha ejercido en su poderoso temperamento de artista, el inimita-

ble Gustavo Becquer. Esa vaguedad, esa frase gráfica aunque á veces sea poco poética, ese atractivo del verso arrancado á la prosodia y no á la rima, todas esas cualidades que más tarde admiraremos en Tabaré, han tenido su génesis en los procedimientos artísticos del melancólico sevillano.

Nos leyó también algunas de las cartas escritas á su esposa, desde Italia, desde Francia, desde otras regiones de España, y con las cuales había concebido el proyecto de formar un libro; proyecto que nosotros en parte contribuimos á afirmar, con la sincera admiración que nos inspiraron, y que nos fué imposible reprimir, dejándola brotar, aun á riesgo de herir su modestia con el vivo calor de nuestro entusiasmo.

Llegó la hora de pasar al comedor y no sin disgusto abandonámos aquella capilla del arte, temerosos de que pudiera interrumpirse nuestra deliciosa sesión literaria. Allí, en torno de la mesa, esperaban la esposa y los hijos de Zorrilla. También estaba su capellán. El, como los antiguos nobles, en los tiempos de los reinados de la fe pura, vive y viaja con un ministro del Altísimo. El capellán pronunció una breve oración á que todos respondieron y nos sentamos á la mesa.

Qué bien se respiraba en el ambiente de aquel hogar cristiano. Estábamos bajo el cielo puro de la felicidad; ni una nube empañaba su bóveda de zafiro. La esposa, con su bello rostro, moreno y fresco, rebozando felicidad, y los hijos de la hermana muerta, juntos y contentos, como los de la viva (Zorrilla ha sido casado con dos hermanas), sin tener más que una sola madre.

Hasta en aquel momento tuve ocasión de fijarme en el rostro de Zorrilla de San Martín. ¡Qué fisonomía tan inteligente! Sus melenas oscuras, lacias y luengas, peinadas hacia atrás, forman un arco sobre su frente que la hace más altiva y más despejada; su barbá rígida, muy espesa, da á su rostro un especial sello de energía, que acentúan sus ojos negros, penetrantes y de un brillo extraordinario; su boca, grande y encendida, denota sinceridad y honradez, y su nariz ligeramente remangada, imprime á su cara, cuando ríe, cierto aire picaresco que hace pensar en la gra-

ciosa malicia de Cervantes y no en la burla desgarradora de Voltaire.

Mientras duró el almuerzo, seguimos nuestras divagaciones en el campo de la literatura sin la menor interrupción. La señora de Zorrilla es mujer de alto vuelo, y ha sabido, de una manera sorprendente, amoldarse á las aficiones artísticas de su esposo, que fueron, puede decirse, el origen de su matrimonio.

Eran las dos de la tarde cuando salimos, Rueda y yo, de aquella especie de palacio encantado, sintiendo, en nuestra vida de célibes, la nostalgia de un hogar feliz donde pudieran, como en aquél, unirse el amor y el arte en consorcio indestructible.

II

Hablando de Tabaré, ha dicho Maurice Barres: "cuando se haga la Biblia poética de la humanidad, Tabaré será uno de los poemas que la formen." Y en efecto será así. No creo que haya en nuestro continente una obra poética que supere á ese poema, verdadera elegía de una raza. Qué pincel tan poderoso y qué paleta tan rica ha necesitado el poeta para trazar esa serie de cuadros magníficos que sirven de proscenio al siniestro y terrible drama. Cómo al través de aquellos versos límpidos, vagos, cual un cristal sutilísimo, se ve soberbia la naturaleza de América, potente y grandiosa en su exuberante juventud; la grey de los conquistadores, más fuertes y duros que sus armaduras de hierro; el cristianismo verdadero, suave y tierno, en medio de tanta rudeza y tanta crueldad; y la raza vencida en su lucha imposible y desesperada, sublime y grande en su agonía, pero impotente. Y qué manera de adjetivar y de decir; qué simbolismo tan delicado y qué música tan perfecta. El asonante casi nada significa en la estructura del verso; todo se debe á inconcebibles esfuerzos de prosodia. Hay estrofas tan musicales que parecen reclamar el canto; pero no un canto en toda la plenitud de la voz, sino un canto *piano* como un murmullo de fuente perdiéndose entre los ramajes de un bosque. La figura de Blanca, es el trazo de un lirio; es una esfumación de mujer en un nimbo de luz. Es el símbolo del *femenino* en la in-

terpretación ideal de la palabra. Ternura, candor, piedad. Tabaré es el amor encarnado en la materia sin pulir. El amor recuerdo; el sentimiento que se lleva en el alma y se ignora que se lleva. La convicción de la inferioridad; el temor á lo superior, á lo más perfecto. Es una encarnación avasalladora. Bastaría el trazo de estas dos figuras magistrales y el dominio de la prosodia poética, para que el poema de Zorrilla, aunque no tuviera otras bellezas, en que felizmente abunda, fuera una de las más ricas y más bellas corolas que han ofrecido al Dios Apolo los jardines del Parnaso americano.

III

Yo sé que más de un lector de Zorrilla habrá sonreído, con maligno gesto, después de recorrer el libro *Resonancias del Camino*,—maravilla de prosa castellana,—al recordar el prólogo en que el autor cuenta cómo nació su libro y afirma que esas cartas que lo forman, no fueron escritas para publicarse. Sin embargo, es esto una verdad irrefutable.

Forzoso sería conocer el manuscrito para convencerse de toda la verdad afirmada por el autor. Qué de intimidaciones hubo que suprimir para dar publicidad á esas cartas. Algunas de esas intimidaciones fué preciso dejarlas, aun á costa de que el público no entendiese, pues de otro modo hubiera desaparecido el capítulo casi por completo. El ejemplo lo tenemos en el artículo, ó carta titulado: *Venezia*. Cuenta el autor que habiendo oído, en un paseo por el Gran Canal una canción, se aproximó deseoso de escucharla y exclama: “¿Sabes lo que cantaba?”

“Aquella barcarola de tantos recuerdos para nosotros; que condensa para mí tanta ilusión después de tanta amargura; el sueño de la felicidad en medio del insomnio del dolor; la mirada de la clemencia en pos de la prueba.

“La canción brotaba de entre la noche como entonces. En el cielo la claridad, como entonces, pugnaba por desgarrar las nubes de tempestad.”

Puede haber nada más íntimo? Para todo el que lea esa página habrá en ella un misterio indescifrable. Es un jirón de la historia del poeta. Cuando perdió á su pri-

mera esposa, fué á vivir á la casa de los padres de ésta, para que se atendiese mejor á sus hijos, entregados á las manos cariñosas de sus abuelos. Era uno de aquellos caserones á la vieja usanza española que hacen pensar en los castillos medioevales. El poeta abría en las noches su ventana que daba á un gran patio y, á solas con su pena, se engolfaba en profundas y amargas meditaciones, que muchas veces interrumpió una voz dulce, argentina, arrobadora, que cantaba con frecuencia la misma canción que oyó el poeta desde su góndola, en medio del misterio y del encanto de aquella noche de Venecia. Quien cantaba, era la hermana de su muerta querida. Al oír esa voz rodando en la soledad de la noche, al pensar en la belleza física y moral de aquella mujer y en la ternura de madre que guardaba para los huerfanitos, debió soñar con élla y sentir brotar del fondo de su amargura, como sale de un sepulcro una mariposa, el amor nuevo que debía dar madre á sus hijos y consuelo á su abatido corazón.

Indiscretamente he revelado esta intimidad como la prueba más convincente de que las cartas que forman *Resonancias del camino*, fueron escritas para una persona y no para un público.

¿Cómo puede haber en ellas tal derroche de poesía y de arte? Para el verdadero poeta, para el verdadero artista, lo que impresiona su imaginación, lo que llega á su alma, arranca, como el choque de las piedras la chispa, la gran idea y la brillante expresión. Y Zorrilla es un gran poeta y un gran artista. Cuanto es bello, cuanto es grande, lo que levanta, lo que hace recordar, encuentran en su lira de oro una nueva nota, una melodía ignorada en la pauta de la prosa ó del verso, como las que forman esos libros encantadores que se llaman *Tabaré* y *Resonancias del camino*.

MÁXIMO SOTO HALL.



O N I X

Torvo fraile del templo solitario
Que al fulgor de nocturno lampadario
O á la pálida luz de las auroras
Desgranas de tus culpas el rosario.....
—Yo quisiera llorar como tú lloras!

Porque la fé en mi pecho solitario
Se extinguió como el turbio lampadario
Entre la roja luz de las auroras;
Y mi vida en un fúnebre rosario
Más triste que las lágrimas que lloras.....

Casto amador de pálida hermosura
O torpe amante de sensual impura,
Que vas—novio feliz ó amante ciego—
Llena el alma de amor ó de amargura
—¡ Yo quisiera abrasarme con tu fuego!

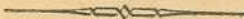
Porque no me conmueve la hermosura
Ni el casto amor, ni la pasión impura,
Porque en mi corazón dormido y ciego
Ha pasado un gran soplo de amargura
Que también pudo ser lluvia de fuego!

Oh, guerrero de lírica memoria
Que al asir el laurel de la victoria,
Caíste en tierra con el pecho abierto
Para vivir la vida de la Gloria,
—¡ Yo quisiera morir como tú has muerto !

Porque al templo sin luz de mi memoria
Sus escudos triunfales la victoria
No ha llegado á colgar. Porque no ha abierto
El relámpago de oro de la Gloria
Mi corazón obscurecido y muerto.....

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
Saber qué obscuro advenimiento espera
El amor infinito de mi alma
Pues de mi vida en la tediosa calma
No hay ni un Dios, ni un amor, ni una bandera.

JOSÉ JUAN TABLADA.



BLUMENLIED

Aquella noche, después de haber escanciado muchas copas de licor, después de algunas horas de asidua y alegre charla, sintiéndome un tanto triste y cansado, dejé el cuartucho oloroso á tabaco en donde metían ruido mis compañeros y fuí á sentarme al piano. Lo primero que evocó mi melancolía fué el *Blumenlied*, esa música que gusta tanto á mi alma y que mis labios murmuran cuando sueño.

No bien había dado principio á tres compases de la muy sentida canción alemana, cuando fuí interrumpido. Mi amigo Fernando, con los ojos suplicantes y bañados en lágrimas, me rogaba que en nombre de la amistad que nos unía, callara aquella música. Mi querido compañero, aquel buen muchacho que tenía el cabello casi blanco como un anciano y que cuando bebía el vino miraba taciturno el fondo del vaso, como si buscase algo en la onda purpurada, tenía una historia que contar.

Más de una vez había yo adivinado que aquel cerebro joven guardaba un pensamiento muy triste que ni el champaña con sus delirios de oro hacía alejar. Sí, yá una vez había visto, mientras nosotros reíamos como chiclelos, desprenderse de sus ojos una lágrima que cayó y fué á mezclarse con la verde menta.

Pero en el amanecer de aquel día y mientras las luces agonizaban lentamente en su bombas rosadas, oí de sus labios el poema de su vida.

Dos copas de Jerez, llenas hasta los bordes, luégo un cigarrillo y, á través de una humareda azul muy densa, principió la historia. Ella se llamaba Herminia. Dónde la conoció y cómo, sí no recordaba; lo único que sabía era que la había visto muy recién salido del colegio, y desde entonces principió á sentir en su corazón de púber una pasión inmensa que le inspiraba cosas extrañas, algo misterioso que le embriagaba el alma de felicidad y que

parecía emanar de aquellos ojos negros que veía á todas horas y en todos sus ensueños.

Aquella deliciosa muchachita, siempre pensativa, de una palidez de rosa enferma, que la ponía tan bella, había llegado de un país lejano, del que contaba historias primorosas, de lagos azules como el cielo, que habitan cisnes color de nieve y garzas morenas, lindas garzas morenas como ella, como todas las muchachas de su tierra tropical.

Fernando pasó horas muy dichosas á su lado. Bien decía que en las noches, y cuando yá dejaba de ver á su Herminia, tornaba los ojos al cielo, porque después de su novia sólo las estrellas de oro eran tan bellas.

Luégo llegó una noche de baile, noche inolvidable que vivía en sus recuerdos con sus perfumes y armonías. Después que se hubo bailado mucho, cuando yá las parejas rendidas "como aves fatigadas después de un largo vuelo, cayeron en los blandos sillones," empezaron á oirse gemir en el piano las primeras notas del *Blumenlied*.

De pronto Herminia palideció, un temblor súbito se apoderó de ella, sus pupilas oscuras chispearon y después, como paloma que esconde su cabeza bajo el ala sedosa y ahoga en silencio su gemido, así aquella avecita nostálgica ocultó su cabeza tras el abanico y lloraba, lloraba á medida que aquellas armonías se iban esparciendo. Aquel pobre enamorado, creyéndola enferma, voló en busca de una copa de vino que la reanimara. Oh! habían bailado mucho!

Entre tanto aquella música melancólica, suave como un murmullo, iba creciendo poco á poco como uno de esos cánticos que se dejan oír en la alcoba de una virgen, en la mañana y cuando los sueños de oro acaban de abrir las alas.....

Aquella era la misma canción que cinco años antes había oído brotar allá en las lejanías de su pueblecito amado, mientras que juraba amor..... Entonces vió aquel cielo sereno y azul..... el mar tranquilo que se llevaba sus suspiros y lágrimas y su misteriosa soledad á quien contaba sus íntimas ternuras..... Allí, junto á un rosal, la ventana, el adorado lugarcito de sus citas que

daba al mar y desde donde veía alejarse la barca de su amado, lenta, lentamente hasta perderse en el horizonte borroso.

Oh! y todas aquellas cosas olvidadas surgían de su sueño y pasaban hablándole al corazón en su idioma tierno y quejumbroso. ¿Y esas notas que lloraban no le preguntaban acaso por su amor? Ah! y ser infiel, no, nunca, jamás; viviría amándolo.

A poco Fernando llegó á ofrecerle en delicada copa un vino negro como esos ojos que él amaba. Bebe, vida mía, le dijo, y déjame en el fondo del vaso una gota de tu alma que vaya á mezclarse con la mía. Herminia apuró la copa y luego alargándosela y con una mirada en que se confundían odio, amor, venganza, y sonriendo con una sonrisa amarga en medio de sus lágrimas, exclamó: Sí, bebe las heces de mi amor: lo único que te puede dar este corazón que aún es fiel al recuerdo de su primer amor.

Pálido, tembloroso y comprendiendo todo aquello de una mirada, dejó caer de sus manos la copa que fué á quebrarse á los pies de la única mujer que había amado, y loco, delirante, dejó tras sí aquel lugar y se lanzó á la calle, y todavía lejos, allá á lo lejos, llegaban á sus oídos las últimas notas del *Blumenlied*, que morían en el piano.

RAFAEL ANGEL TROYO.

LA VIDA LITERARIA

LOS NATURISTAS FRANCESES.

Después de la evolución romántica, que fué ante todo un arte de emoción, de lirismo y de libertad; después de la evolución parnasiana, que afirmó principios restrictivos, subordinando el culto de la emoción al de la forma, depurando el desorden lírico y prefiriendo las reglas al genio, para dar un último acorde del lenguaje, las letras francesas presenciaron lo llamado por Mallarmé "éparpillement des

rimes", para contemplar después, potente y vigoroso, el movimiento naturalista. El romanticismo y el parnasianismo fueron ante todo evoluciones poéticas, apreciadas por los espíritus delicados, mientras que el naturalismo se manifestó por obras en prosa, que tienen siempre más acceso en las multitudes. Vino después la escuela de los simbolistas, que preconizaban el ensueño y la estética artificial, el menosprecio de lo real y el desdén de toda acción. Presentábase esta escuela como reacción inevitable contra la literatura de observación, de la que eran maestros capitolinos Zola en prosa y Coppée el protagonista más extraordinario en poesía. No es el caso de indagar ahora el génesis del simbolismo; baste decir que sus mantenedores escribieron largo y tendido bajo el monóculo autoritario de Jean Moreas, el cual en unión de M. Vainor, hizo la exposición de las nuevas teorías de arte. La batalla fué reñida; á Zola se opuso Villiers de l'Isle-Adam, á Coppée, Mallarmé. Y en tanto el público, *Monsieur 3 fr. 50*, asistía regocijado á la tenaz porfía de los combatientes de uno y otro bando. El simbolismo se mostró sobre todo espiritualista, pesimista, vagamente místico, prendado de las sonoridades verbales, preocupado de las correspondencias entre los medios de las diferentes artes, desconfiado y arisco respecto á la ciencia y desdeñoso de la realidad. Un individualismo mal comprendido llevó á sus partidarios á buscar formas inusitadas para la expresión de sentimientos raros. Todos los esfuerzos se dirigieron á crear una región nebulosa, crepuscular, donde no moraban sino reyes melancólicos hacedores de frases y cubiertos de pedrería; héroes de pintoresco casquete, que iban en quimeras aladas á la conquista de imposibles; trovadores poseidos de sádica intención, que entonaban serenatas al pié de los balcones de satánicas princesas y sirenas gelatinosas. Diríase que los simbolistas pertenecían á otro planeta: en sus jardines no había más que lotos, magnolias y lirios, sobre todo lirios; la fauna se componía de cisnes, pavos reales y tarascas. A pesar de esto, son muchos los simbolistas que como Stuart Merrill, Quillard, Samain, Henri de Reignier y Paul Adam, han sacado de estas invenciones efectos encantadores y las emociones más deli-

cada y nobles. Entró por mucho en todo ello la crisis pesimista experimentada por toda la juventud de ahora doce años, la educación dogmática recibida por muchos de ellos, y la pasión del Arte por el Arte legada por Baudelaire y los parnasianos, de donde proceden aquéllos en línea recta. Con tales influencias tan sugestivas, era natural que se consumiesen en leyendas nostálgicas, modulando sus vagas tristezas, como Parsifal suspirando por un monte Salvat desconocido. Dos grandes méritos hay que reconocer á los simbolistas: una comprensión neta de las virtudes inherentes al lirismo y, como corolario, la instauración del verso libre. De todos modos el simbolismo, que fué, ante todo, según hemos dicho, una evolución poética, ha fenecido yá. Si algunos fetiches de las divagaciones de Mallarmé, luchan todavía por imponerse, es en vano, pues la juventud actual rechaza la imprecisión de su doctrina, y busca otras fuentes de inspiración, abriendo sus ojos á la naturaleza por tanto tiempo menospreciada y desconocida. Por estas razones y otras menos evidentes, el simbolismo aparece en la literatura contemporánea francesa, como un curioso accidente, interesante, notable desde cierto punto de vista, pero accidente al cabo, cuya repercusión en el arte no será sino pasajera.

Moréas y Mallarmé fueron esperanzas del simbolismo hace algunos años. El segundo fué declarado príncipe de los poetas á la muerte de Verlain. El ditirambo llegó á lo imposible: Natanson compara sus versos á un vaso de fayensa, Vielé-Griffin encuentra en ellos la augusta silepsis de Hugo, Gloussat lo coloca entre Racine y Labruyère...

Moreas exaltaba el "puro concepto" teñido de *Hugolatría*, y hasta hubiera deseado beber "el agua de los mares en el cráneo de los muertos". Cantó las ninfas, los faunos, los tritones y las diferentes divinidades del Olimpo. A pesar de todo sigue siendo un poeta delicioso.

El día en que el buen sentido proyectó su luz sobre el simbolismo, todo se disipó. Evidentemente los tenantes del misterio y de la belleza intangible no podían dejar pasar sin protesta esta catástrofe. Los que tenían realmente una personalidad como Mauricio Barrés, Adolfo Retté y Vielé Griffin, se salvaron, apartándose á tiempo.

Del actual *movimiento naturista*, no podemos hablar extensamente aún, porque no es sino una claridad indecisa después de pesada noche surcada por siniestros meteoros y débilmente iluminada por suave resplandor lunar.

Si hemos de dar crédito á Louis de Saint-Jacques, el experto crítico de *La Plume*, los naturistas fueron presentidos en el prefacio y el epílogo del *Archipel en Fleurs*, del sutil y variado Adolfo Retté, el cual figuró primero entre los simbolistas; pero un día vió la inanición de la escuela, y arremetió contra su jefe M. Mallarmé, destruyendo el prestigio del Santo de los Santos. Abandonó el ensueño, lo artificial, cesó de desdeñar la realidad y la acción; convirtiendo luégo su espíritu hacia la naturaleza, la vida militante y la sencillez.

Oigamos al mismo Retté, con qué hermosa convicción y suave sinceridad explica el origen de este movimiento literario:

“Yo preconicé la ‘vuelta á la naturaleza’. En 1896 fué reconocido por algunos el alcance de la cruzada que había emprendido; y tuve así mismo el placer de contemplar cómo se dibujaba un movimiento que se afirmaba, en suma, en el sentido de las ideas por las cuales había yo combatido sin variar durante tres años. Me refiero al naturismo. Aunque enemigo en principio de todo mote ó etiqueta, he aplaudido este movimiento, por creer que sería fecundo, y no ceso de continuar creyéndolo. Los jóvenes que á él consagran sus energías, no están aún muy seguros de sí mismos. Muchos de entre ellos ignoran que es preciso *crearse enemistades*, cuando se defiende una convicción, y desearían conciliarse con todo el mundo. Tal incertidumbre es perjudicial. Todos reciben influencias contradictorias; pero á los veinte años, es forzoso convenir en que no se puede tener una óptica completa del universo. Ni tampoco hay que reprocharles que se lancen á la arena, acaso locamente, considerándose armados de fuerza é ingenio suficientes. Aman la vida, comprenden que el arte debe interesarse por el hombre entero, y aceptan además la ciencia. Con semejantes premisas, lógico es esperar de ellos provechosa y abundante cosecha. Por lo que á mí toca, no me pesa haberles ayudado á imponerse, y me regocijo ampliamente de su triunfo.”

Crítico tan sagaz como Eduardo Rood, de *Le Gaulois*, declara que "los jóvenes del naturismo persiguen un retroceso á los moldes, á las formas, á las ideas de las cuales sus antepasados se habían apartado á su edad."

Por su parte Ivanhoé Rambosson, cerebro rico y superior, de gran competencia en materias de arte, manifiesta que el naturismo, lo mismo que los otros *ismos* que le han precedido, no es más que una exageración del simbolismo. "Los naturistas—agrega—ponderan á gritos su *vuelta á la naturaleza*, restringiendo el ideal á un procedimiento. No son vivientes por el solo hecho de que hayan querido imponerse un método de sentir....."

Para los que conozcan siquiera en mínima parte el doble fondo, la cara interna de la medalla literaria parisien—y nos hallamos en este caso—fácil será reconocer que los naturistas no son los hijos del milagro, y forzoso es suponer que las ideas que han adoptado deben haberlas encontrado en alguna parte. El deseo de volver á la sinceridad y á una sana expresión de las cosas, todo esto que les atrae, que realmente es seductor y que les ha conquistado ya predicamento y favor, es sin duda loable y digno de aprobación.

No conviene, sin embargo, tomar al pié de la letra estas innovaciones; sobre todo aquí en América, donde tenemos una literatura formada casi toda ella de imitación.

Espanto nos causa, al recordar los frutos malsanos del modernismo en la juventud de hispano-américa, las extravagancias á que daría margen el naturismo en un medio intelectual tan docil á las sugerencias del lenguaje. ¡Dios nos asista!

Importante es á la fecha la producción de los jóvenes que componen la nueva capilla protestante. El más importante, el que descuella con más arrogancia es Saint Georges de Bouhelier, cuyos libros acusan talento, delicadeza y emoción verdadera. Su *obra*, á pesar de sus veinte años, alcanza la cifra de once volúmenes, sin contar la revista que ha fundado y que dirige, con más las nuevas obras que tiene en cartera y los numerosos artículos que ha dado y da á los periódicos. Semejante fecundidad, acusa un admirable temperamento de trabajador; pero for

zoso es que se resientan sus producciones de la falta de meditación y madurez, de esa labor lenta que hace á las obras perfectamente bellas. Su último libro de versos, *Eglé ou le Concerts champêtres*, es de lo más notable que ha producido la escuela hasta el día.

Por su saber crítico y el vigor de su dialéctica, Mauricio Le Blond se ostenta como una de las más poderosas inteligencias que componen el novísimo grupo. Nos hemos regocijado en la lectura de estudios tan hábilmente escritos como *Literatura artificial* y *Zola ante los jóvenes*; este último con motivo del proceso del célebre novelista.

Michel Abadie, ha recogido palpitantes las *Voces de la montaña*, de ternura ideal, suavemente humanas. La producción de Jean Viollis es aún escasa, pero lo conocido basta para acreditarle como un artista de poderosas facultades. Eugenio de Monfort es un noble caballero de la poesía y del amor, un espíritu fervoroso que da la nota fuerte y pintoresca. Su novela *Silvia ou les mois passionés*, respira una amable ingenuidad y una delicadeza infinita de sentimiento; *Carne*, especie de novela-poema, es algo así como la confianza de un temperamento joven, febril y vehementemente, sediento de amor y extenuado de sensualidad. Con gusto copiaría algunas páginas de *Carne*, pero me mostraría perplejo en la elección, y baste decir en elogio de Eugenio de Monfort, que si su última obra es un idilio, en las almas superiores el idilio preludia siempre la epopeya. Albert Fleury ha burilado *Impresiones grises*. Joaquín Gasquet escribe siempre poseído del entusiasmo más ardiente, exaltándose en una gigantesca sinfonía sensual; pertenece á esa clase de individualidades que no hallan la felicidad sino en lo que llama Guyau *la mayor intensidad de vida*.

Ese es el armonioso conjunto que forman los talentos jóvenes del Naturismo, cuyas almas se mueven á impulsos del amor y de la pasión por todo lo que afecta á la humanidad, evadiéndose definitivamente de la *torre de marfil* y dejando atrás el "alma blanca de la Edad Media", tan grata al nuevo converso católico J. K. Huysmans.

Por lo que he podido comprender de ellos en mis no escasas lecturas, sus aspiraciones son elevadas, grandiosas

y conmovedoras; están apartados lo mismo de la ridícula *bonhomie* de Sarcey como de las excentricidades de Peladán. Ellos creen y con razón, que tan importante es ser un gran escritor como ser noble, digno y sencillo en la vida.

Su fuerza está en la riqueza y en la diversidad y, superiormente, en su amor á la Vida.....

La Vida!.....

¡Vedla cómo se ofrece al que desee poseerla, semejante á una hermosa mujer siempre hermosa en sus amores como en sus odios!..... ¡Contemplad la Vida! ella brinda por igual goces y sufrimientos; ella os invita á cantar el himno voluptuoso de la acción que sirve de tema á los más bellos ensueños; ella es el objeto más maravilloso que pueda ambicionarse!..... ¡Y seríamos capaces de no amarla y de cantar lo infecundo?.....

EULOGIO HORTA.

DE CAZA

(DE MI LIBRO "RECUERDOS DEL CAMPO")

Recuerdo como hoy aquella espléndida mañana. La primavera lucía sus mejores galas. Ibamos de caza, por entre los zarzales y enramadas del bosque, á la orilla del riachuelo, en donde se veían sobre la arena las pisadas de los *cariblanco*s y *pizotes*. De pronto atravesamos una altiplanicie. Mis compañeros siguieron adelante. Yo me detuve deslumbrado ante los tonos de violeta y plata que hacia el Oriente se destacaban con arreboles mágicos.

Agonizaba la luna envuelta en su manto de opalinas aguas y flores de luz, como los diamantes de la corona de una emperatriz. La blancura matinal resplandecía inten-

sa por entre las neblinas grises, débilmente ensangrentadas por los rayos de la aurora, esa maga gentil, siempre poética, que al agitar sus alas de púrpura y de rosa parece desgranarse en blanda lluvia de perlas y rubíes.

Poco á poco la claridad se ensancha. De los alcores sopla balsámica brisa, tibia, oliente á tomillo y naranjos en flor. Como saetas de fuego disparadas en empeñada lid contra las nieblas, los primeros rayos del sol cruzan el espacio. Se agranda el paisaje; el horizonte se aleja á medida que las últimas nubecillas opacas tórnanse en flores de armiño, que, como palomas blancas, tienden su vuelo, se juntan y se detienen, vagas, perezosas, sobre las empinadas cumbres y las copas de los árboles más altos. Se arremolinan, se disgregan, y de nuevo vuelven á juntarse, formando, entonces, como esbeltas columnatas de mármol en que descansara el azul límpido del cielo. Verdean las hojas. Zumban los insectos al rededor de los capullos y de las flores que entreabren sus broches y sueltan al bosque sus perfumes y polen fecundante. Y en aquella red voluptuosa, atrayente, revolotean las mariposas como flores del aire encendidas por el sol. La eterna cantadora, la cigarra, se ha ocultado tras los viejos troncos secos, abandonados, y su cantar monótono, que hierre los oídos, ha sido sustituido por el canto de los pájaros y los murmullos cadenciosos del riachuelo de cristalinas aguas y márgenes recamadas de helechos como piedras de esmeralda.

Y entre tanto, allá en la hondonada, allá en el fondo del valle, en el pequeño caserío rodeado de huertas, jardines, cafetos y rubios maizales, repiquetean alegres las campanas de la ermita, cantan los gallos, ladran los perros, mujen las vacas, y entre todo ese cúmulo de notas y tonos de oro, se ve pasar á la graciosa campesina, sonrosada, fresca, ondulando el cuerpo, la cabeza descubierta, y con una cántara de barro debajo del brazo, en camino del arroyo y tarareando alguna canción cuyas notas se confunden con el afilar de las herramientas y el incesante machacar del hierro sobre el yunque: confusión de sonidos de los cuales resulta algo así como un himno majestuoso, imponente, entonado á los dioses del trabajo.

Ya el sol fulgura en todo su esplendor. Sus rayos se clavan en el cuerpo como tremendos alfilerazos. Bajo á la hondonada. Busco á mis compañeros y los encuentro en una de las casitas, en torno de una mesa, alegres, celebrando el éxito de la caza, y tomando sorbo tras sorbo en jícaras labradas humeante café, aromático, negro como la tinta.

AGUSTIN LUJAN.

Agosto de 1898.

EROS

Por fin en el salón hablarle pude
sin pena ni temor. ¡Cuán bella estaba
con su blanco atavío
y sus cabellos sueltos por la espalda!

En el fondo del pecho
sintiendo vivas ansias,
arrebatado por mi amor, la dije:
—¡Oh mi dulce adorada,
cual Paolo y Francesca
unamos en los labios nuestras almas!.....
Tan sólo el busto del insigne trágico,
que sobre el piano se alza,
parece que nos mira
con sus pupilas blancas.
Dáme un beso no más, si es que me quieres.
Responde... ¿Por qué callas?
Sé compasiva... ven... uno tan sólo,
ahí, en la ante sala,
donde la sombra oculte tus sonrojos
y puedan nuestras almas
en éxtasis de amor subir al cielo.

A tan sentida súplica, la ingrata
¿por qué no respondía?...

De pronto levantóse, y la ventana
abrió á la luz espléndida,

y en mis ojos clavando su mirada,
¿Por ventura, me dijo, eso es pecado?

Un beso entonces resonó en la estancia;
no sé lo que sentí, mas parecióme
que en ese instante la marmórea estatua
los labios se mordía, y me miraba
atónita y severa
con sus pupilas blancas.

EMILIO PACHECO.

VIRGILIO

(DEL LIBRO "RESONANCIAS DEL CAMINO")

Virgilio, que se levanta en la aurora de la era cristiana, en el mundo romano, después de los triunfos de Augusto, es el intérprete de una ansia de paz idílica que entonces sintió la tierra, y que parece el rayo precursor de la aurora de paz del alma, que rayaba en Palestina. Me recuerda una de esas claridades de luna que, antes del amanecer, nos parecen el alba, y después de las cuales vuelve de nuevo la noche azulada en que se diluyen las estrellas y que de veras precede al día.

Las estrofas pastorales de Virgilio hacen algo más respirable para los niños la atmósfera romana en que cantaba Ovidio y el mismo Horacio. Canta el poeta, y, poco después, nace un niño en Belén.

La sombra y los cantos de Virgilio no huyeron al aparecer la aurora del pesebre: parece que tímidamente se acercaban á él detrás de los pastores llamados por los ángeles.

Es que el poeta era piadoso y casto.

Dante, el austero poeta del amor puro, no rehuye el ser guiado por él hasta el mismo linde de la eterna pure-

za infranqueable para el dulce y armonioso pagano; pero éste, al aparecer Beatriz, la diáfana bienaventurada, desaparece como luz que en luz mayor se disipa.

Dante lo busca entonces; lo busca como el niño á su madre cuando tiene miedo:

*Col quale il fantolin corre á la mamma
Quando ha paura.*

Lo necesita para decirle que, como el mismo Virgilio lo había sentido, siente él de nuevo el amor en su alma casi con terror;

*Conosco i segni dell' antica fiamma.
Agnosco veteris, vestigia flammæ.*

Pero Virgilio lo ha dejado. Dante llora entonces su ausencia amargamente. ¡Llora á las puertas del Paraíso!

Lloró el Dante la belleza que se iba en el poeta; la belleza que él identificaba con la frase rítmica del dulce verso virgiliano. ¿Cómo ver á Beatriz sin Virgilio, si Virgilio no era otra cosa en el alma del bardo florentino, que la emanación rítmica de Beatriz, de la belleza, del amor?

¡La belleza! ¡La frase numerosa! ¡El ritmo! ¡El poeta! ¡El arte!

¿Qué es eso que circunda la sombra de Virgilio, y que he sentido pasar por el aire en la tarde del Pausilipo?

Yo no sé cómo explicarme, y mucho menos cómo definir, la noción de esa belleza abstracta, hermana de la verdad y del bien, que cuaja en estrofas como se cristalizan los cuerpos en transparentes figuras geométricas; que se inculca en el ritmo como el alma en el cuerpo á que substancialmente se une. Pero en la necesidad de reducir á formas sensibles lo que los escolásticos llaman *entes de razón*, yo no quiero imaginarme un espacio entre los mundos en que está aquello que Goethe llama *las madres*, en el vagar fantástico de Fausto arrebatado por el espíritu: un espacio en que existe la línea perfecta, tenuísima, pura, casi sin extensión; el color recién nacido, primer estremecimiento de la luz acabada de brotar en la sombra del principio; el sonido virgen que se difundió en la infinita transparencia; las formas y los ritmos pristinos que fue-

ron el molde del primer hombre y la primera mujer desnudos y el eco de su primer palabra de amor. De allí acaso salieron la estatua griega con la noble castidad de su desnudez, la tinta que derramó Murillo en torno de sus cabezas angélicas; la estrofa trasparente que se desprende del alma sin dolor, aunque sea dolorosa, como se desprenden las lágrimas.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no puede venirnos ni de nosotros mismos ni de la naturaleza. Tiene, pues, que provenir de un Sér perfecto en sí mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

A ese foco ha ido, y va é irá siempre también á parar todo lo immaculado que pasa sin historia por nuestro mundo: suspiros que el hombre no comprende, lágrimas ahogadas en secreto, anhelos de pueblos mártires, ayes de razas extinguidas, quejidos de expiación no escuchados. Allá va el amor puro; el puro ideal de patria, emanación del alma de los verdaderos héroes; la esencia de sacrificio y de martirio que allá se concentra después de desprenderse de la lágrima de una madre, que quedó seca en los ojos; de la gota de sangre de un soldado, gota que, al evaporarse, agrietó la herida; de la oración de un santo que redimió una ciudad maldita; del quejido de un niño huérfano; del grito perdido en el mar de un pescador náufrago.

Todo eso no tiene nombre, pero es ritmo, armonía, armonía suprema como la de los mundos.

El poeta es el único á quien es dado asomarse en sueños á esa región, y descender y hablarnos de ella. Y, al proponerse cantar lo que allí se ve, tiene que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no tiene forma. Entonces canta; canta con palabras que buscan instintivamente el ritmo; que se abrazan en él, para ser algo más que palabras; que vibran reproduciendo otras vibraciones sin nombre; que agrupan al rededor de núcleos misteriosos, y forman las estrofas que se engranan entre sí como collares de urnas cadenciosas.

Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y flota en torno de ella y se difunde en el verso y compenetra la estrofa; ésta palpita como un organismo

vivo, con prescindencia del sentido propio de las palabras que la formaron. El sonido es entonces recuerdo, es mensaje, es latido del corazón de la belleza muda, inmóvil, im-
pasible.

Es que allá, en el gran foco, no hay idea sin ritmo, sonido sin alma, color sin vibración melodiosa, línea sin color; y, al traerse á la tierra uno de esos elementos de belleza, lo siguen, más ó menos de cerca, sus hermanos, como la cauda luminosa á la estrella errante. La palabra canta, la melodía piensa, el color y la línea palpitan. El verso y la estrofa toman forma, cuajan en en el alma junto con el pensamiento y la imagen; son una misma cosa. Separarlos es separar el alma del cuerpo: es la muerte.

No se exija, pues, al poeta que hable como los hombres; no se espere de él la reproducción de lo que ven y sienten y piensan los demás. El viene precisamente á decirnos lo que aún no se ha oído; él, con un verbo nuevo, hace un desgarrón en el velo sagrado que cubre el misterio; con un adjetivo melodioso y extraño agujerea la bóveda negra que nos oculta la luz, y deja allí una nueva estrella que nos revela la existencia de otros sistemas siderales.

Pero para ver el astro nuevo, es necesario alzar la cabeza; para reflejar su luz, es necesario tener algún brillo siquiera, aunque sea de lágrimas, en los ojos.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

SOBRE ALFREDO DE MUSSET

Ahora que está en voga entre la juventud americana propagar los méritos del gran poeta de *El Sauce* y de *Las Noches*, estimamos de oportunidad reproducir la siguiente carta literaria, dirigida por el elegante traductor de Musset á uno de nuestros redactores.

Es una exhumación literaria que exhala perfume de

ternura afectuosa y deleitable serenidad. Y grato será desde luego á la juventud de nuestro continente, apreciar los conceptos generosos del señor Belmonte Müller sobre la novísima poesía americana.

He aquí dicha carta:

Señor D. Máximo Soto Hall.

Mi querido amigo:

El entusiasmo que V. siente por Alfredo de Musset y la satisfacción con que V. escuchó hace pocos días la lectura del poema *Rola*, traducido en verso por mí algunos años atrás, me impulsa á dedicarle esta reproducción de una de las joyas más celebradas de la poesía moderna. No es que atribuya la grata impresión que en V. produjo mi obra á los méritos que reuna: harto conozco las dificultades con que se tropieza al traducir en rima castellana á un poeta francés y las deficiencias que indefectiblemente han de acompañar á mi trabajo: pero hay tan extraordinarias bellezas en el poema de Musset; corre con tanta profundidad y transparencia el raudal poético á través de sus cincelados alejandrinos; causa tan vivo dolor el espectáculo de las ruinas morales que va sembrando por los senderos del libertino protagonista el espíritu de un siglo sin fé; es tan hermosa la evocación del paganismo que hace el poeta levantando una especie de pórtico decorado con todos los primores y bajo-relieves del arte antiguo para penetrar en el edificio insano de nuestra corrupción presente, y es tan triste ver el cadáver de un joven que se suicida en el lecho del placer, cuando saborea los primeros frutos del amor soñado, que no es difícil á quien conciba el propósito de verter á su propio idioma tan admirable creación, apoderarse, si tiene verdadero temperamento artístico, de las bellezas infinitas que encierra y reproducirlas con más ó menos brillantez como un espejo que les ha servido de foco luminoso.

Yo, además, tengo la fortuna de no ser literato de oficio, lo cual me permite elegir los asuntos y buscar la ocasión y el lugar más á propósito para su desarrollo, y no estar sometido á los apremiantes influjos del tiempo ni de las circunstancias. Esta ventaja me proporciona el

placer inefable de dejar que duerma mi Musa, cuando la pereza enervante de la vida agota mis entusiasmos, ó me hace despertarla con sobresalto cuando se estremece mi corazón al soplo del dolor ó de la alegría, inspirándome esas estrofas que suben en alas de los vientos para caer más tarde, como las hojas secas, en el surco del olvido y que si pocas veces las fécula el genio, en cambio continuamente las vivifica el alma.

Y si es grande la independencia con que suelo dar forma rítmica á los afectos que me conmueven, todavía es mayor la espontaneidad con que elijo las obras maestras que aspiro á traducir. No he vertido al castellano composición alguna que no me haya impresionado bajo algún concepto. Siempre que leo una inspirada poesía escrita en lengua francesa siento una irresistible comezón de volver á leerla en mi propio idioma. La sonoridad y flexibilidad de nuestras combinaciones métricas, y especialmente de la silva, prestan un nuevo atractivo á la poesía traspirenaica, vaciada en moldes estrechos, pobres y monótonos, y lo que pierda en fuerza ó en propiedad el pensamiento puede decirse que lo gana la forma.

Alfredo de Musset ha ejercido sobre mí, extraordinaria fascinación y misteriosa influencia; y á pesar de la grandeza de Víctor Hugo y de la sublimidad de Lamartine, sus contemporáneos, y por más que admiro el talento de los poetas que le han sucedido y hoy comparten el cetro del Parnaso francés, separados por diversas tendencias, aunque coincidiendo en el ansia de una originalidad ofuscadora, yo le profeso un culto especial y único al autor de *Rola*, culto triste y melancólico que tiene su altar en mi corazón, siendo las traducciones que hago de sus mejores obras las humildes ofrendas que tributo á su inspirado genio. En días de inconsolable pena en que hasta la esperanza se borra de nuestro cielo, leí sus *Noches* y las traduje en solitarias veladas para que mis lágrimas se confundieran con las suyas. En épocas posteriores, de fallecimiento moral, de caprichosas fantasías ó de románticos ensueños, he traducido otras producciones de su vigoroso numen, entre los que se cuentan los poemas *El Sauce*, *Namuna*, *Porcia* y *Rola*. Al identificarme con el poeta, he procu-

rado trasladar hasta donde me ha sido posible todos los matices de su pensamiento y todos los giros de su imaginación; y los defectos que hubiera dejado deslizarse sin escrúpulo en mis composiciones originales, porque de ellos nadie tenía derecho á pedirme cuenta, puse formal empeño en que desapareciesen ó disminuyeran en las traducciones de las obras de Musset, para evitar que mis manos impías llegasen á profanar el ídolo.

Tal vez, amigo bondadoso, ha visto V. en el traductor de *Rola* un intérprete fiel y enamorado de la producción más bella de su autor, y esto ha herido la fibra de su entusiasmo confundiendo en un solo aplauso la obra de los dos poetas. Yo le admito y agradezco en tal sentido su elogio, porque á pesar de la distancia inmensa que nos separa, el nombre de Musset y el mío se enlazan en su pensamiento y van unidos á sus rapsodias poéticas y á sus espejismos de gloria.

Al dedicar á V. este poema lo hago con tanta más satisfacción cuanto que veo en V. á uno de los más audaces campeones de la poesía americana que tras largo período de imitación y de anemia, se aparece vestida con el lujoso atavío de aquella deslumbrante naturaleza cuya hermosura me atrae como irresistible imán cada vez que veo dibujarse entre las brumas de mis recuerdos uno de sus más deliciosos vergeles en donde residí como en un paraíso encantado; cuna risueña del sol y de la libertad y del amor, sobre la cual invocó, por conducto de V., todos los dones celestes que hagan perpetuo mi florecimiento, enviándole á la vez el homenaje de admiración que me inspira la pléyade fastuosa de sus poetas, cuyas vibrantes lirás, acompañadas por los murmullos del Océano, vienen hace algún tiempo estremeciendo con sus estrofas el corazón adormecido de nuestra madre España.

Su admirador y amigo,

G. BELMONTE MULLER.

Madrid, 10 de Julio de 1894.



ARTISTAS ARGENTINOS

DE LA CÁRCOVA

He aquí una joven alma del más bello oriente artístico. Probada está su calidad por la resistencia, y la continuación de su labor, en viaje á un ideal, en medio de las turbas de mercaderes, de los cenáculos prácticos, de las victorias del yankismo en la magnífica ciudad de Buenos Aires, la más grande de lengua castellana. ¡Dios mío! habría sido muy fácil para un hombre como este, entrar en el universal movimiento que produce las pingües ganancias de Bolsa, los lujos de Palermo y las empingorotadas situaciones. Habría sido así de su tiempo, de su país, de su ciudad. Ha preferido todo lo contrario; y si vende sus cuadros, es porque desde que los poetas, los artistas, no son millonarios, y las nueve musas necesitan ser alimentadas y elegantemente presentadas. Apolo ha permitido en sus dominios el libre ejercicio del comercio. Si ello no aconteciese de ese modo, Cárcova,—que adora á Gustavo Moreau,—se consagraría á su obra de trabajo del espíritu, en la Sede del Arte Severo y del silencio, según la palabra dannunziana.

*
**

Concertadme estas medidas: hay en Ernesto de la Cárcova un dandy y un socialista. Su dandismo me lo explico por la pasión por lo suntuoso y bello: la decoración personal debía estar, á mi entender, considerada como una de las Bellas Artes. Su socialismo, revelado por la tela vigorosa y valiente *Sin pan y sin trabajo*, tiene por origen,—así como en el caso del Poeta Lugones,—el odio innato en todo intelectual al entronizamiento del mercantilismo imbécil, del gordo becerro burgués, fatal á los espíritus de poesía y de ensueño.

Y que él es un espíritu de poesía y de ensueño, conócelo quien ha podido observar las manifestaciones de su pensamiento en las intimidades de una amistad de artistas. Le he visto en su taller, sonriente y siempre bondadoso, rodeado de sus discípulos; ó en la escuela de Bellas Artes, de noche, con sus alumnas silenciosas: ó en las reuniones del Ateneo. Hay en sus ojos, á la continúa, un rayo de entusiasmo para toda idea bella, para todo brillante proyecto; como todo talento que se conoce, tiene el respeto del talento ajeno. Concibe el Arte en su valor soberano; sueña en tiempos mejores; no se desalienta en el helado ambiente capitolino; cree en el porvenir. Éste ciertamente preséntasele favorable, pues quien á su edad es en su país un *jeune maître* de reconocido valor, tiene delante de sí mucho que conquistar todavía.

¿Su vida? Por el año de 1885, después de que se hizo constar en un diploma que el joven de la Cárcova estaba saturado de todos los componentes que convierten á uno en bachiller, él se despertó una mañana al agradable roce del "velo de la Reina Mab". La madrina de las hadas le dijo de la siguiente manera: "No me negarás, mi querido bachiller, que la luz es un tesoro divino, el color un don celeste y el pincel un ilustre instrumento. Los libros te podrán todavía hacer doctor; pero el iris y la adoración de las visiones prestigiosas te tornarán en artista. Ya debes sospechar cuáles son los penosos inconvenientes que atraviesan los que así se llaman. Pero yo les gratifico con mi amistad, les aliento en sus luchas y les envuelvo en mi velo cariñoso, azul y sutil." El joven le contestó que de mil amores renunciaba á las cosas universitarias y doctorales, y para demostrarle su afecto yá probado en los garabatos y caricaturas con que maculara sus primeros libros de estudio, entraría inmediatamente á aprender dibujo en la Sociedad bonaerense de Bellas Artes. Y héle allí, en sus primeros pasos hacia el deseado verde lurel!

* * *

Un bravo señor Romero, profesor suyo, le dió á entender que en su país no aprendería gran cosa: "A Italia, amigo mío". Y allá va Cárcova, sediento de sol ita-

liano, hambriento de azul italiano, á beber sol y comer azul en la insigne ciudad de Turín. Allí, en dos años de Academia, aprendió el manejo del "instrumento;" para poder decir en sus cuadros sus ideas de luz, estudió la gramática y la retórica de los artistas plásticos, se impregnó de Academia; y tan académico fué, que en los dos últimos períodos de sus estudios se ganó dos medallas de oro, dos primeros premios.

Su deseo era ir á Roma y á Roma fué, no sin antes detenerse en Florencia. "Allí,—me ha dicho Cárcova,—lo greco-romano y la obra del Renacimiento comenzaron á apartar mi alma del academismo limitado de la enseñanza oficial." ¡Oh, qué lejos estaba todavía el admirador de Schneider!

Yá en Roma, logra la amistad y los consejos de un gran artista, el pintor Mancini, un revolucionario! ese pintor. El y el piemontés Grosso hacen en la cabeza del argentino despertar una comprensión nueva de la pintura. A ellos confiesa Cárcova que debe las cualidades que distinguen á sus obras.

Turín, perfectamente; pero después, Florencia; Florencia, perfectamente; pero después, Roma; Roma, perfectamente; pero después, París, ¡Pues á París! Y allí está yá en París, el argentino, cegado de revelaciones milagrosas del arte universal y eterno; abrumado de visiones maravillosas y sintiendo en su espíritu el nacimiento de nuevos ensueños. Volvió á Roma con ansias del retorno á Francia. Trabajó, expuso, tuvo compradores. El rey Umberto fué uno de ellos. Y volvió á París. Pero entonces el hada fea, que se interpone siempre en el camino de los amigos de Mab, no le dejó permanecer viviendo la vida parisiense. Por varios motivos tuvo que regresar á su país.

"Puede que haya sido una fortuna! dice el excelente Cárcova; pues me queda la ilusión de *haber podido hacer algo.....*"

* *

Ya en Buenos Aires, en donde los artistas no son coronados de rosas, como es bien sabido, prosiguió su labor, haciendo algo el oficio y no desamparando el sacerdocio.

Ha expuesto con éxito; tiene discípulos, entre los cuales algunos de verdadero mérito, como Ripamonti. Sonríe constantemente á un futuro hermoso: tiene la salvadora virtud de la Fe y la divina gracia de la Esperanza.

Su criterio es amplio y de lejana vista. Admira á los artistas del renacimiento moderno,—tiene en gran veneración á simbolistas y místicos,—Redón Toorooop, Denise; conoce á Max Klinger; y sobre todos, saluda como á un grande entre los grandes al formidable Schneider.

Pero esta es veneración hasta ahora ideal. No se ha atrevido, y ha hecho muy bien, á entrar en vías semejantes en un público donde cualquier ignorado idiota se cree autorizado para expeler sus más excrementales ineptias sobre el Arte sagrado, desde el momento en que se pronuncia la palabra "simbolista" ó "decadente." Para pintura simbolista, guárdese Cárcova! Si puede ir á luchar á un campo en que haya elementos de acción propicios á sus sueños, váyase en buena hora.

Pero, en todas partes, y este es el premio único de los espíritus como el suyo, sepa que tendrá el aplauso sincero de los que saben reconocer á los verdaderos intelectuales, y aplaudir á los honrados y verdaderos trabajadores.

RUBÉN DARÍO.

Buenos Aires.

NOTAS

ARTE NACIONAL

La nota artística de mayor importancia que tenemos que consignar es la llegada al país de la estatua yacente de la señora de Amerling, ejecutada en Alemania por el artista venezolano don Eloy Palacios. Cuanto de esa soberbia obra de arte se diga, cuantos elogios se la tributen han de resultar pálidos ante el valor real de esa escultura

que, antes que trabajo comercial, parece el resultado de largos años de estudio y de labor de un artista que hubiera querido encarnar en ella la expresión suprema de un ideal melancólico. Todos los detalles están atendidos con exquisita delicadeza y el conjunto aparece con tal suma de vida—la vida de la muerte—que no sin gran esfuerzo se resigna el contemplador á pensar que bajo esas formas admirables jamás han palpitado las poderosas energías vitales.

El señor Palacios se ha rebelado contra el efectismo convencional á que la estatuaria italiana—proveedora de nuestro mercado artístico—nos tiene acostumbrados. Con el amor y la maestría de quien trabajase bajo el impulso directo de su inspiración, ha labrado la piedra “madre de divinidades.” Sobre el bloque virgen ha escrito con su cincel, en caracteres plásticos, aquella elegía de las tristezas

En la imponente nave
Del templo bizantino,
Ví la gótica tumba, á la indecisa
Luz que temblaba en los pintados vidrios...

—En la basa de la obra del señor Palacios, debe grabarse, con letras de oro, la poesía de Becquer. Bien se hermanan esas dos majestades.

—Señalamos gustosos la aparición de la revista “Esbozos,” que redacta un grupo de jóvenes bien intencionados, decididos amantes de las letras.

Nuestro cordial saludo al colega; mucha vida y dilatada prosperidad.

—El libro “Prosa” de nuestro compañero Ernesto Martín, estará á la venta en la primera quincena del presente mes, magníficamente editado en la gran Imprenta á vapor del señor don Alfredo Greñas.

—Un éxito lisonjero es el que ha obtenido Máximo Soto Hall con su poema *Amores Trágicos*, cuya edición se halla casi agotada á la fecha.

—El señor Troyo, que es todo un amable djlettanti, publicará, editada en San José, una composición musical escrita por él. Muchos elogios se nos hacen de esa original partitura de nuestro compañero.

DEL EXTRANJERO

TEATROS

PARIS.—En el Teatro el "Odeón" se ha representado la comedia de Víctor Hugo "La Grand' Mère."

—En "l'Œuvre," Aërt, drama en tres actos de Romain Rolland.

—En el "Vaudeville" se ha estrenado *Zaza*, comedia en cinco actos, de Pierre Berton y Charles Gimón.

—Ha fallecido la celebrada artista dramática Julia Depoix, á consecuencia de una operación. La señorita Depoix, hacía los papeles de "ingenuas" en el Odeón. Su muerte ha sido sentidísima. Su belleza era tan notable como su talento.

* *

MUSICA

—En la Opera Cómica de París se ha representado "Férvaal," acción musical en tres actos, poema y música de Vicent d'Indy, que sigue las huellas de Wagner.

—Ha fallecido el crítico musical Alfredo Ernest.

* *

PINTURA

—Ha fallecido en París el extraño y genial artista Gustavo Moreau, una de las adoraciones del poeta Casal, el que dedicó una gran parte de su libro "Nieve" á cantar las obras del extraordinario, del raro y profundo artista que acaba de morir. Gustavo Moreau legó al Estado su hotel de la calle La Rochefoulcauld con las obras y las colecciones que contiene, que son como la consagración de ese genio misterioso cuya vida fué una dedicación absoluta al trabajo y al arte, sin desear el éxito ni las aclamaciones de la multitud.

—El número de pintores que existen en París, pasa de veinte mil.

—Eduardo Burne Jones, un de los más originales pintores de la Escuela Prerafaelita inglesa, acaba de morir en Londres. Fué uno de los sostenedores de ese extraño movimiento de la pintura inglesa, en unión de Dante Gabriel Rossetti y Millais, ya difuntos. Con Burne Jones desaparece el último adepto de aquella tentativa más genial que inspirada, más singular que verdadera.

* *

LITERATURA

—La revista parisiense *LA PLUME*, ha dedicado “un número excepcional” al gran pintor y escultor Alejandro Falguière. Han colaborado en ese número: Armand Silvestre, Jean Moréas, Paul Arène, Ernesto Raynaud, Ivanhoé Rambosson, Firmin Javel, J. Gharles-Brum y Paul Rey.

—Gabriel D’Annunzio, el festejado autor de “La ville morte”, está escribiendo una nueva obra teatral que se llamará “La Joconda”, inspirada en el famoso retrato de Leonardo de Vinci.

—Podemos saludar el nacimiento de una nueva estrella sobre el horizonte poético francés: H. Rey Roize, autor del libro “Bréviaire d’amour.” La edición es un acontecimiento tipográfico. Vale cada ejemplar 2,500 francos.

—Ha muerto Zacarías Topelius, cuentista y poeta finlandés. Fué el autor popular por excelencia en su país, y el primero en esparcir sobre el alma de su patria los tesoros de la poesía, reavivando el espíritu de los viejos cantores de las “Runes” ó cuentos populares.

—El famoso Sâr Peladán ha abandonado París, para dar en Rumanía una serie de conferencias sobre “El genio de la raza latina”; pero no queda París sin Sâr, pues de repente ha surgido Rabuchon Merowack, llamado “el hombre de las catedrales”, que no tiene por cierto el indiscutible talento de su antecesor.

—“El movimiento literario en España” es el título que encabeza un estudio de la escritora doña Emilia Pardo Bazán, publicado en la “Revue des Revues,” de París.

—El Conde Tolstoi ha emprendido una campaña contra la música de Wagner.

*
*
*

Publicación próxima:

PERFILES COSTARRICENSES.—LOS DE HOY Y LOS DE MAÑANA, por Eulogio Horta, con un prólogo del Dr. Antonio Zambrana y una carta de Máximo Soto Hall.

UN volumen de más de 200 páginas en 8°, \$ 1.00.

Estará á la venta en los últimos días del mes de Septiembre.

LA TIRADA DE LA OBRA

ESTÁ LIMITADA Á LA SUSCRIPCIÓN.